

Kafka y García Márquez, realismo mágico con un siglo de distancia

(El proceso y El otoño del patriarca)

Mario Javier Pacheco García

Contenido

Introducción	4
Franz Kafka	6
El proceso	7
Estructura argumental y de tiempo	9
Trama	9
Mensaje político	11
Escuela literaria	11
El narrador	12
Los personajes	12
Observación machista	13
El otoño del patriarca.	
Gabriel García Márquez	15
El Otoño del Patriarca y los lascivos zarpazos del general	16
La novela	17
El contexto del escritor	17
Agente emisor	18
Agente destinatario	18
Aspectualidad	18
Título en la enunciación del signo	19
Intensión. La soledad	20
Intención: zarpazo	20
Fragmento 1	22
Fragmento 2	24

Fragmento 3	24
Fragmento 4	26
Actantes	27
El actante principal, sujeto destinador y la mujer violada sujeto destinatario	27
Otros actantes principales	29
Actantes secundarios:	29
Otros actantes	30
Descripción de los actantes	30
El verbo irregular	30
Los adjetivos y el punto y aparte	30
La temporalidad	31
Los signos y su connotación	31
Conclusiones	32
¿Qué significa esta obra en la historia de la literatura?	33
Webgrafía	34

Kafka y García Márquez, realismo mágico con un siglo de distancia

(El proceso y El otoño del patriarca)

Introducción

Este ensayo trata de establecer diferencias y comparaciones entre una novela del siglo pasado y una contemporánea, para lo cual elegí *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez y *El proceso*, de Franz Kafka sin embargo, como esta última novela viene cargada de reminiscencias, con la venia de la profesora Erika, me permito una digresión que no tomará más que unas breves líneas.

Los jóvenes de la década del 60 estamos orgullosos de las transformaciones que protagonizó nuestra generación. Fueron tiempos de rebeldías manifestadas contra una sociedad monacal, acostumbrada a la violencia partidista, que se sorprendió con los bandoleros escapados de los bombardeos de Marquetalia, y que comandados por Tirofijo, fundaron las FARC, y casi al tiempo con los estudiantes de la Nacional arengados por Jaime Arenas y Fabio Vásquez, después de un viaje a Cuba, que fundaron el ELN; eran todos idealistas, partisanos, vestidos de bota campana, chaqueta apretada, melena y tacón cubano, que algunos cambiaron por botas pantaneras.

Los cambios fueron vertiginosos al irrumpir, haciendo protagonismo una nueva clase de gente, adolescentes y jóvenes con más preparación académica que sus padres, con ganas de zafarse de los esquemas provincianos, prejuiciosos, clasistas, católicos, apostólicos y romanos, inventando posturas y lenguajes. La televisión en blanco y negro comenzaba a conocerse y a dar a conocer la música

de The Beatles, las hazañas de Daniel Cohn Bendit, las miserias de la guerra en Vietnam, la llegada a la luna, Woodstock, el asesinato de Martin Luther King, el socialismo de rostro humano y la cannabis punto rojo de la Sierra Nevada.

Fui participante en Bogotá de lo que se llamó extramuros el sesentayochismo, y la juventud se arrebatava en mis pulmones, practicando los parlamentos de Bartolomeo III, “filosoficallería, pura filosoficallería” de la *Improvisación del alma* de Eugene Ionesco cuya temporada estaba anunciada para junio de ese año, en uno de los primeros teatro laboratorio de Colombia, que contribuí a fundar en la carrera 13 con calle 58, la FUCU.

Brecht, Stanislavski, Grotowski y Jodorowsky eran las vacas sagradas de los teatreros de aquella época, que montábamos las obras después de lecturas y debates sobre Distanciamiento, Naturalismo, Teatro pánico, Actor Santo, Teatro pobre, Teatro del absurdo, con esas teorías, alimentadas de infaltable criollismo, pusimos en escena a Ionesco y sus *Sillas*, a Fernando Arrabal con su *Picnic*, a Adoum con su *Sol bajo las patas de los caballos*, y centenares más multiplicadas en La Mama, El Local, La casa de la cultura y el TEC.

Conocí parte de la obra de Franz A Kafka porque era obligatorio leerlo, so pena de convertirse en intelectual de lecturas dominicales y ser excluido de las charlas literarias medio snob, de los jóvenes de entonces en El automático, El cisne y la carrera séptima del centro y en la 13 y la 60 de Chapinero.

Los existencialistas estaban de moda y discutíamos a tropezones a Nietzsche, Sartre, Joyce, Camus y obviamente a Kafka, socialista y anticlerical, en cuyo honor colocamos Samsa a la tienda de ropa que abrió un socio en el pasaje de los Hippies, al lado de *Las madres del revólver* y *LSD*, hasta donde llegábamos a escondernos agitados del happening que protagonizábamos corriendo en pelota una o dos veces al mes entre la 58 y la 60, los actores del teatro, sin que la policía pudiera atraparnos.

Po eso escogí *El proceso*, con la paradoja de haberlo leído como novísimo en 1968 y como clásico, o “antiguo” 46 años después, para compararlo con una obra de Gabo, que en esos años se conocía solo en reducidos círculos, y que de pronto se disparó por una novela que había sido excelentemente acogida por el público, en 1967, vendiendo ocho mil ejemplares en una sola semana, y que se llamaba *Cien años de soledad*. De los demás latinoamericanos era permisible hablar de *La ciudad y los perros*, *Los versos del capitán*, *Emma Zunz* y de Colombia, algunas pocas, entre ellas *Una mujer de cuatro en conducta*, con la cual el paisa Jaime Sanín Echeverry quiso novelar la ciudad.

Pienso entonces que la nostalgia me impulsó a escoger a Kafka.

Franz Kafka

Franz Kafka nació en Praga el 3 de julio de 1883 y murió en Kierling el 3 de junio de 1924, (Wikipedia, 2014) un mes antes de cumplir 41 años, coincidente con Josef K muerto un día antes de cumplir 31 años de edad. Se graduó de bachiller a los 18 años y como doctor en Derecho a los 23. Vivió intensamente, aunque sus biógrafos lo consideran víctima de complejos y luchas interiores fortísimas, que en ocasiones le llevó a firmarse como Yerba amarga. Se sentía rechazado y al parecer el menosprecio de su padre fue una de las causas que lo llevaron a este estado.

Su apariencia era pulcra, discreto, el drama solo bullía en su interior y se exteriorizaba con sus más íntimos. No creía en sus escritos, pero se dedicó con pasión a ellos, pidiendo continua opinión entre sus cercanos, a quienes les leía en voz alta, especialmente a Felice Bauer, quien no comentó su *Metamorfosis* y esto le produjo desazón. Ordenó quemar toda la obra, que afortunadamente fue conservada y lo erigió de manera póstuma entre los grandes de la literatura universal.

Adquirió tuberculosis y esta enfermedad tronchó su vida en su plenitud literaria.

El proceso

Es una obra incompleta, publicada de manera póstuma por su amigo Max Brod, quien la encontró dividida, como asegura Guillermo Sánchez Trujillo:

“Brod tenía mucho afán de publicar El proceso, pero su proyecto presentaba dos problemas mayores: los capítulos se encontraban separados en sobres sin numerar, por lo que no se sabía a ciencia cierta cuál era el orden de los capítulos en la novela, y algunos de ellos estaban sin terminar. Brod no se paró en pelos y resolvió el asunto tomando decisiones drásticas y apresuradas. Eliminó los capítulos que consideró inacabados y ordenó el resto de acuerdo a sus propios criterios”. (Trujillo, 2014)

«Un completo desamparo, apenas 2 páginas escritas. Hoy he estado muy cansado, aunque he dormido bien. Pero sé que no puedo doblegarme si quiero llegar a la gran libertad que tal vez me espera más allá de los padecimientos más bajos de mi actividad literaria, tan nimia a causa de mi forma de vida» (1 de septiembre de 1914). (Kafka, 2014)

«Otra vez sólo 2 páginas. Al principio pensé que la tristeza provocada por las derrotas austríacas y el miedo ante el futuro (un miedo que me parece al mismo tiempo ridículo e infame) me impedirían seguir escribiendo. No ha sido así, sólo una abulia que me asalta una y otra vez y que tengo que superar continuamente. Para la tristeza hay tiempo suficiente cuando no escribo» (13 de septiembre de 1914). (Kafka, 2014)

«He tomado una semana de vacaciones para dar un impulso a la novela. He fracasado, estoy en la noche del miércoles, el lunes se acaban las vacaciones. He escrito poco y débil» (7 de octubre de 1914). (Kafka, 2014, pág. 154)

«Desde hace 4 días no he trabajado apenas nada, alguna hora y un par de líneas, pero he dormido mejor, los dolores de cabeza prácticamente han desaparecido por esta razón» (21 de octubre de 1914).

«Paralización casi completa del trabajo. Lo que he escrito no parece espontáneo, sino el reflejo de un buen trabajo realizado con anterioridad» (25 de octubre de 1914). 154

«No puedo seguir escribiendo. He llegado al límite definitivo en el que tendré que permanecer otra vez muchos años, luego comenzaré, a lo mejor, otra historia, que probablemente también quedará inconclusa. Este destino me persigue. También estoy frío y confuso, sólo me ha quedado el amor senil a la completa tranquilidad. Y como un animal cualquiera apartado del hombre vuelvo a balancear el cuello y quisiera intentar conseguir de nuevo a F durante el tiempo intermedio. Realmente lo volveré a intentar, si las náuseas que me causo a mí mismo no me lo impiden» (30 de noviembre de 1914). (Kafka, 2014)

«(...) Seguir trabajando como sea. Triste de que hoy no sea posible, pues estoy cansado y padezco dolores de cabeza, ya los tuve por la mañana, como una premonición, en la oficina.

Seguir trabajando como sea, tiene que ser posible a pesar del insomnio y de la oficina» (2 de diciembre de 1914)

«He resistido los muchos deseos de comenzar una nueva historia. Todo es inútil. No puedo seguir escribiendo las historias durante las noches, se interrumpen y se pierden, como con *El ayudante del fiscal*» (4 de enero de 1915).

«He dejado provisionalmente *Un maestro rural* y *El ayudante del fiscal*, pero también incapaz de continuar *El proceso*» (6 de enero de 1915). (Kafka, 2014)

«También se lo he leído a ella (Felice), las frases irrumpían repugnantes y confusas, ninguna conexión con la oyente, que yacía en el canapé con los ojos cerrados y muda. Una tibia solicitud para llevarse el manuscrito y copiarlo. Gran atención a la historia del centinela y buena observación. En ese momento comprendí la importancia de la historia, también ella la comprendió correctamente, luego hicimos algunos burdos comentarios acerca de ella, yo comencé» (24 de enero de 1915) (Kafka, 2014, pág. 156)

Semejante estado de ánimo del autor influye necesariamente en *El proceso*. Y esa ansiedad, debe estar reflejada en aquellas partes más circulares de la novela, su cansancio le hizo girar sobre un episodio en torno a su fecunda imaginación y su juego de palabras fabricando metáforas, parábolas y escondites de la realidad.

Estructura argumental y de tiempo

La novela tiene una secuencia argumental y cronológica, como la novela clásica de su tiempo, pero teniendo en cuenta que los manuscritos fueron encontrados de manera separada y en sobres distintos, sin numerar, y armados de manera póstuma, para reconstruir la novela al criterio de otras personas, no podemos confirmar que haya sido ese el propósito original del autor.

Según el diario de Kafka, escribió la obra la obra entre 1914 y 1915, debiendo superar los problemas normales de todo escritor, además de su enfermedad: abulia, falta de concentración y ocupaciones, como él mismo comenta en los acápites anteriores.

Trama

Josef K, gerente de un banco, que lleva una vida rutinaria, tranquila y de ascensos profesionales, es despertado un día e informado de su detención y del inicio de un proceso en su contra. No sabe quién lo acusa, de qué se le acusa, ni quien es su juez. Sólo tiene trato con jueces instructores y personajes subalternos de un enmarañado sistema judicial, que tiene tentáculos en los lugares menos verosímiles.

Se le advierte que el juez máximo “*es Inaccesible a cualquier argumentación que se plantee ante él,*” que su caso nada tiene que ver con su inocencia y que será inútil cuanto haga. (Kafka, 2014, pág. 90)

El tío Karl para ayudarlo, lo presenta al abogado Huld, un hombre misterioso, aprestigiado, que lleva una extraña relación con Leni. Poco a poco el proceso ocupa todo el tiempo de K, que trata de defenderse, pero no encuentra cómo, porque no sabe de qué se le juzga, ni quien lo juzga, es una justicia paralela a la convencional, y las referencias que tiene son la sordidez de los despachos, la grosería de los funcionarios y la angustia de los acusados que desesperan por años y años sin saber qué pasa con su caso.

Encuentra algunas personas que se solidarizan, en especial mujeres que dicen poder ayudarlo, pero ninguna de ellas sabe quiénes integran y cómo funcionan los altos tribunales, así que su ayuda es poco menos que inútil.

Nadie le dice nunca nada, siempre tropieza con el mutismo, con la ignorancia de todos.

“Somos empleados subalternos, apenas comprendemos algo sobre papeles de identidad, no tenemos nada que ver con su asunto, excepto nuestra tarea de vigilarle diez horas todos los días, y por eso nos pagan”. (Kafka, 2014, pág. 6)

Un año después, víspera de su cumpleaños 31, Josef K se deja conducir pasivamente, resignado, por dos miembros de los tribunales, que hacen que se quite la camisa y lo matan en despoblado.

Mensaje político

La obra del austrohúngaro es sustancialmente rebelde, antiburocrática, contra lo autoritario, contra el establecimiento y la brutalidad física y psicológica de quienes tienen el poder, y los ataca con su sátira magistral.

Kafka alardea de su desprecio a la burguesía y sus instituciones enmarañadas que tienen por fin el lucro y promover el soborno, la corrupción, el abuso, el engaño y el temor, mientras de manera impasible las personas solo observan curiosas. El individualismo y la solidaridad, siempre acompañada de algún interés, pero ante todo el temor reverencial al sistema, a los jueces a los funcionarios, a los tribunales, al establecimiento.

El no hacer pudiendo hacer es algo que nos regala cada página de Kafka y el lector entiende que la mudez, la falta de rebeldía y el acatamiento al sistema, son el verdadero problema, que llevan al hombre hasta la degradación moral y física.

Entre todos los mensajes, se evidencia uno en especial, que invita a la anarquía si se quiere, porque pone de manifiesto que a quienes se acusa y condena es porque ellos mismos lo han permitido:

“Yo pertenezco al tribunal —dijo el sacerdote—. ¿Por qué debería querer algo de ti? El tribunal no quiere nada de ti. Te toma cuando llegas y te despide cuando te vas” (Kafka, 2014, pág. 136)

Escuela literaria

Kafka, como García Márquez, o Cortázar, hace alarde de su manejo de la palabra y de su juego con las imágenes. Sus personajes marcados como en la tragedia griega, están imbuidos en un mundo surrealista, que en ocasiones causa impotencia y desconcierto en los lectores.

Sin recato escribe párrafos circulares, farragosos y aparentemente inconducentes, cuyo propósito es conducir la trama en medio de la confusión hasta el final, cuando Josef K espera vestido de traje la sentencia. Haciendo giros imprevistos, generando falsas expectativas y siempre sorprendiendo

Se le matricula en el existencialismo filosófico, y su escritura es descriptiva, surrealista, expresionista.

El narrador

El narrador es discreto, en tercera persona, y esporádicamente omnisciente, cuando comenta que debió haber sido calumniado y en otras ocasiones. Cuando se inicia su lectura, el lector se encuentra en la disyuntiva de seguir con la trama o tratar de descubrir como en cualquier novela policiaca, los autores de la calumnia, y eso lo manipula hábilmente Kafka, dejando traslucir motivos de envidia en el subdirector del banco, o de otra índole en la misteriosa señorita Bürstner, incluso en el hombre tras la pareja de ancianos del frente, que no se despistan de la ventana, como conocedores previos de lo que estaba sucediendo a K.

Antes de percatarse de su impotencia, Kafka ha logrado que el lector trate de encontrar coherencia y de hallar culpables y soluciones al proceso contra K.

Los personajes

Josef K. Es un hombre de 31 años, profesional que hace méritos por ascender en el banco donde trabaja y es apreciado. Es escrupuloso y vive solo, en la pensión de la señora Grubach. Su transcurrir es rutinario. El proceso cambia su vida y al comienzo lo enfrenta, pero poco a poco se resigna, se vuelve fatalista, se deja llevar y busca desesperadamente ayuda en todo aquel que la ofrezca.

Tío K. Es un hombre de pueblo, considerado inicialmente por K como un personaje reconocido e influyente, pero no hay tal, la provincia es la provincia, sin embargo conoce al abogado Huld, a quien lo presenta. El tío Karl es conservador en lo que se refiere a la familia y al honor, y le parece que el proceso contra su sobrino mancha a toda la parentela.

La señora Grubach, es la casera, su personaje es inane, está allí para escuchar y servir, forma parte del decorado.

Abogado Huld. Sus antecedentes son prestigiosos, pero se ha reducido a la oscuridad de su cuarto, y de su despacho, desde donde atiende los casos y recibe visitas. Sabe que no hay mucho que hacer, y se le reconoce mejor en la justicia ordinaria que en esta.

El ujier. Personaje anodino, que se declara impotente para impedir que su mujer sea abusada por los estudiantes y los jueces del tribunal, además sabe que ella es la principal culpable, pero no puede perder su empleo.

Titorelli, el pintor, que ofrece ayuda a cambio de la compra de sus cuadros, advierte que de todas formas cualquier clase de ayuda será inútil

Anciana curiosa, su marido y el hombre que les acompaña. Son personajes que representan el mundo curioso, conforme, insolidario de Kafka, como casi todos.

Los personajes femeninos, descritos a continuación tienen fijación por el sexo.

Observación machista

Con excepción de la señora Grubach, su casera y la anciana vecina, que son personajes asexuados, todas las demás protagonistas femeninas se entregan sexualmente, sin excepción, a K el mismo día que las conoce.

Elsa, la camarera, era la profesional reconocida, *“que trabajaba de camarera en una taberna hasta altas horas de la madrugada y durante el día sólo recibía en la cama a sus visitas”*. (Kafka, 2014, pág. 14) A ella la frecuentaba una vez a la semana.

La mujer del ujier, quien prácticamente lo asalta en el sitio que hace las veces de apartamento y tribunal.

“— ¡No! —exclamó ella, permaneciendo sentada y cogiendo la mano de K, quien no pudo

retirarla a tiempo—. No puede irse ahora, no puede irse con una opinión tan falsa sobre mí.

¿Sería capaz de irse ahora? ¿Soy tan poco valiosa para usted que no me quiere hacer el favor de permanecer aquí un rato? (Kafka, 2014, pág. 37)

“La señorita Bürstner, a quien espera para comentarle los sucesos de su detención, no la conocía previamente, sin embargo cuando iba a salir de su habitación, *“K la estrechó en sus brazos y la besó en la boca, luego ávidamente por todo el rostro, como un animal sediento que introduce la lengua en el anhelado manantial. Finalmente la besó en el cuello, a la altura de la garganta: allí dejó reposar sus labios un rato. Un ruido procedente de la habitación del capitán le obligó a mirar. —Ya me voy —dijo él, quiso llamarla por su nombre de pila, pero no lo sabía. Ella asintió cansada, le dejó la mano, mientras se volvía, para que la besara, como si no quisiera saber nada más y se retiró, encogida, a su habitación.”* (Kafka, 2014, pág. 23)

Leni, la enfermera del abogado, que cuando conoce a K, inventa una estratagema dejando caer un cristal, para que salga de la habitación, y una vez afuera lo conduce a un sillón. Le dice: *“Lo que pasa es que no le gusté al principio y probablemente tampoco le gusto ahora... y refiriéndose a Elsa: “—Bueno, por*

mucho que sea su amante —dijo Leni—, no la echaría de menos si la perdiera o la sustituyera por otra, por ejemplo por mí. (Kafka, 2014, pág. 67)

“Ayudándose con las rodillas, trepó por el cuerpo de K con la boca abierta; K la miró consternado, ahora que estaba tan cerca notó que se pedía un olor amargo y excitante, como a pimienta; atrajo su cabeza, se inclinó sobre ella y la mordió y besó en el cuello, luego mordió su pelo.

—Ahora me perteneces²⁹ —dijo ella.” (Kafka, 2014, pág. 68)

Las pequeñas niñas de 13 años, entre ellas la jorobada, dan inequívocas muestras de no ser ningunas santas, *“Ni su juventud ni su defecto corporal habían impedido que se corrompiese. Ni siquiera le sonreía, sino que lanzaba a K miradas provocativas”* (Kafka, 2014, pág. 83)

Igualmente las adolescentes que K encuentra camino al tribunal, *“aparentemente vestidas con solo un delantal”* (Kafka, 2014, pág. 26)

Incluso la señorita Montag, nueva inquilina de la señora Gruberg, que lo cita a su habitación y de la que K menciona: *—¿Qué podría decir yo! —respondió K, ya cansado de que la señorita Montag no parase de mirar sus labios”* (Kafka, 2014, pág. 143)

El otoño del patriarca.

Gabriel García Márquez.

Gabriel García Márquez –Gabo– nació en Aracataca el 6 de marzo de 1927 y murió en México el 17 de abril de 2014. Recibió el premio Nobel de literatura en 1982 e incursionó en los diferentes estilos: periodismo, novela, ensayo, cuento. Es considerado como el mayor exponente del Realismo mágico y su obra cumbre Cien años de soledad ha sido editada en todos los países y traducida a todos los idiomas.

Fue uno de los escritores del Boom latinoamericano y desde joven se inclinó por el socialismo, siendo notoria su amistad y deferencia con líderes como Fidel Castro. Gabo, muy muchacho, después de salir de Aracataca, pasó a Barranquilla y luego a Bogotá donde comenzó a estudiar Derecho y se impresionó por Kafka y su manera de escribir *La Metamorfosis*, (Wikipedia, Gabriel García Márquez, 2014) sus huellas le perseguirían, de manera indudable.

Dada su fama y lo notorio de su biografía, me imitaré a expresar que casó con Mercedes Barcha y se convirtió en viajero del mundo. Durante el gobierno de Turbay Ayala se le acusó de ser simpatizante del M 19 y debió huir del país. Se radicó en México, donde falleció a raíz de un cáncer linfático que se le había diagnosticado en 1999.

Su obra es voluminosa, pero solamente detengámonos un momento en una de ellas y específicamente en un tema que me apasionó y que es pertinente para realizar el análisis:

El Otoño del Patriarca y los lascivos zarpazos del general

La lectura de la obra *El Otoño del Patriarca* (Márquez, 2014) nos permite escoger cuatro fragmentos para hacer con ellos un análisis semiótico a partir de la unidad lexical clave *zarpazo* y tras él sus connotaciones de poder, autoridad, intimidación, muerte y soledad.

La novela

El juego del signo lingüístico contrae la posibilidad de manipulación para enamorar o generar odios. Sentimientos diversos que provoca el signo utilizado a veces sin usarse, o con decires sin decirse como lo usan los publicistas de lo subliminal. Las

alternativas son infinitas en la oferta del lenguaje y en esto fue maestro nuestro Nobel de Literatura Gabriel García Márquez.

El nobel había publicado varias novelas con un estilo que podría llamarse García-marquismo con alarde de narrativa fabuladora que cautivó a los lectores y lo catapultó a la fama, la misma fama que pesa y cuesta porque es inevitable la comparación de lo segundo con lo primero y Cien años de Soledad es incomparable. En esta obra intenta diferenciar, se aparta de Macondo pero insiste en la temática de la soledad y la realidad-irrealidad- mágica

La obra en prosa en un enorme poema cargado de recursos lingüísticos, con el uso de todos los tropos conocidos. Deglutirla es descubrir que por algo es nobel este nobel de párrafos para leer ahogándose, que esconde los puntos y aparte y los puntos seguidos como si fueran doblones de un arcón pirata.

El contexto del escritor

En 1975 el boom latinoamericano se paseaba seguro por las librerías del mundo, como un oso polar abriendo boquetes en la cristalería solemne y ampulosa de la literatura; un oso de cronopios, de dictadores dementes, de putas ambulantes que alegraban con sus minifaldas rojas las festividades a la virgen en pueblos ardientes y marginales.

Cortazar, Neruda, Borges, Vargas Llosa, García Márquez irrumpieron con imaginarios nuevos donde todo era fiesta y hasta la muerte se adornaba de azules campanitas para que la tragedia y las arbitrariedades hicieran parte del fandango. En 1975 ya la literatura sudaca se había metido en la pintura y despuntaba en la música cubana con las mismas garras del oso blanco. En ese año de 1975 apareció *El Otoño del Patriarca* de Gabriel García Márquez desdibujando nuestras realidades en un país difuso y calentano a través de un viejo dictador – tirano-, analfabeta que no asistió a la escuela, condición sine qua

non para ser dictador de las repúblicas bananeras de García Márquez y caricatura de personajes folclóricamente peligrosos y mortales, como Porfirio Díaz que gobernó México por 30 años, Augusto Pinochet Ugarte en Chile, Juan Domingo Perón en Argentina, Castro en Cuba, que por erigirse en símbolo solitario contra el imperialismo fue consentido por los escritores.

Ese fue el entorno político inspirador del boom y de la nueva forma de escribir que además se había incrustado en la cotidianidad de los hippies, la generación beat, el aullido de Allen Ginsberg, modas nuevas y atrevidas en el vestir, en el pensar, en el pintar.

Del huevo de pterodactylus jurásico germinó la nueva literatura que resucitó la avidez de la lectura y una curiosidad inagotable en el viejo mundo por este rincón del mundo, mágico, onírico, de realidades imposibles como lo concibieron los europeos del siglo XV.

Escogimos cuatro fragmentos del texto basados en el signo lingüístico *zarpazo* y a partir de dichos fragmentos realizamos una visualización semiótica que nos permite visualizar, entre otros, los siguientes fenómenos lingüísticos.

Agente emisor

El relator/relatores desconocidos, unas veces en segunda y otras veces en tercera persona, describen situaciones y personajes como si estuvieran dando una entrevista o en un interrogatorio judicial.

Agente destinatario

Quien lee, quien escucha el relato. Usted

Aspectualidad

El lugar/espacio es el pasado fin de semana en un país con mar, aunque relata la historia del dictador con una edad indefinida entre los 107 y los 232 años de edad. El inicio de los cuatro fragmentos se realiza con verbos irregulares en pretérito imperfecto. Había, sabía, debía, para evidenciar la transformación espacio/tiempo en una secuencia contraria, comenzando al final de la vida del patriarca.

Título en la enunciación del signo

El título según Genette, es el vínculo entre el texto y el mundo, mientras Manglieri afirma que “El título como sintagma semi-gramatical funciona como un nombre propio y posee una función sustantiva independiente de la materia del significante y de la forma lingüística. El título: “*El Otoño del Patriarca*” es portador del tema de la obra como afirma Mangieri, y el título genera en este caso relaciones de analogía tales como *Otoño*: decadencia, ocaso, decrepitud, caída y *patriarca*: viejo, líder, persona respetable.

El otoño del Patriarca evoca la decrepitud de un líder, solo que este líder conserva la juventud del poder en un cuerpo viejo, casi inservible y que tiene la fortaleza suficiente para saciar sus instintos, especialmente el del sexo.

Este anciano tirano termina sus días al comienzo de la novela, lo encontraron rodeado de excremento vacuno en el que fuera el comedor de su palacio. Muerto, pudriéndose, con la mano derecha bajo la cabeza para que le sirviera de almohada, venía su uniforme sin insignias y las espuelas de oro en el talón izquierdo, seña que ni los ladrones osaban perturbar el viejo palacio. Le faltaba un testículo.

García Márquez recurre a la refiguración, que de acuerdo a Paul Ricoeur re-describe la experiencia humana, resucita al tirano en el pasado y nos cuenta su historia a través de narradores.

Son claros los signos semánticos en la puerta de la novela:

Gallinazos en la casa presidencial

Podrida grandeza

Muerto grande

Y muchos otros signos que transportan al lector al ambiente peculiar, la diégesis que García Márquez da a su novela.

Intensión. La soledad

El Otoño del Patriarca es un bocadillo para el análisis semiótico por las características psiquiátricas de los personajes del realismo mágico Garcíamarquiano, con mundos interiores intensos que se desbordan al exterior de manera estereotipada.

El patriarca siempre está solo, a menos que vaya a cometer una canallada como cuando va a violar a la recién casada Francisca Linero, que sabe acompañada de su esposo, entonces aparece con un indio armado de machete cuya misión es asesinar a Poncio Daza el recién casado, para poder poseerla.

Su uniforme no tiene insignias, pareciera no gobernar nada pero causa terror y se le obedece sin discusión. La espuela de oro en el talón izquierdo como símbolo de capricho, de ostentación no ayuda a evitar que el general sea un déspota solitario con desconocidas características físicas, porque el autor no quiere identificarlo, aunque sabemos que tiene manos de doncella dormida. ¿Qué puede ser más pacífico y dulce que unas manos de doncella? Huele a orines y suda mucho. Acostumbra a usar botas que a veces lleva sucias.

A su muerte nadie lo pudo reconocer porque nadie lo vio en vida, solo permitía que lo viera quién él quería.

Intensión. Zarpazo

Escogimos cuatro fragmentos de la obra que contienen la unidad lexical clave *zarpazo* con una acepción muy caribeña que significa que el viejo general violenta a una mujer para poseerla. *Zarpazo* es el comunicante de nuestro estudio, *zarpazo*: golpe dado con una zarpa llena de uñas como garfios que uno imagina hundiéndose en la piel, desgarrándola, rompiéndola y que nuestro autor utiliza para el erotismo del anciano, como antítesis en la metáfora, porque mi general no acaricia, zarpa para arrebatarse sexo.

El sexo precedido por el *zarpazo* es una relación abusiva que en la antítesis del nobel está impregnada de miedo y placer, es un sexo animal perfecto para la personalidad psicológicamente primaria de los personajes de la obra.

Zarpazo es la isotopía semántica que aparece varias veces en la obra, enlaza y justifica la elección de los cuatro fragmentos escogidos para el análisis semiótico y que son el enunciado, incrustados en *El Otoño del patriarca*, cuatro fragmentos que encierran aspectos tales como autoritarismo, pobreza, alarde de la exuberante naturaleza que enmarca la mezquindad humana y los instintos primarios como el del sexo, el de tragar, el de matar para sobrevivir, el de huir o humillarse para sobrevivir.

Zarpazo es la palabra clave, tomar por la fuerza, así mandan los tiranos de García Márquez. Podían pedir, disfrutar como debería hacerlo con las putas nórdicas que le traen de Amsterdam, pero estas son muy fáciles, no le inspiran la violencia para darles su *zarpazo* y poseerlas, son insípidas, no le gusta lo que le dan, lo que compra, le gusta lo que roba, lo que arrebatase.

Cuando usurpa el sexo de la recién casada comete el más espantoso delito porque para el machismo caribe el sexo de la esposa es el tesoro más doloroso del esposo. Quien lo violenta le violenta la vida.

El Otoño del Patriarca es el espacio discursivo de la intimidación del poder en el cual reina la antítesis como recurso literario con la metáfora. El cuerpo femenino es el objeto del deseo que está expuesto y desprotegido porque no existe más ley que la de mi general amo de la vida y de la muerte, de la riqueza y de la pobreza.

Otra connotación de *zarpazo* que excita al general es la sorpresa, el ataque inesperado a la víctima con premeditación así sea instintiva del cazador que cae sobre su presa. El león sobre el cervatillo; zarpazo contiene fuerza y penetración. Un *zarpazo* hace que la presa quede inmóvil, atrapada, apoderada, sin escapatoria.

El *zarpazo* connota una víctima y un victimario.

He aquí los fragmentos de *El otoño del Patriarca* escogidos para el análisis

Fragmento 1 P. 41

(...) había entrado sin siquiera tocar las aldabas de acuerdo con el gusto de su voluntad al compás de los dobles de las once en el reloj de péndulo y yo sentí el metal de la espuela de oro desde la terraza del patio y comprendí que aquellos pasos de mano de pilón con tanta autoridad en los ladrillos del piso no podían ser otros que los suyos, lo presentí de cuerpo entero antes de verlo aparecer en el vano de la puerta de la terraza interior donde el alcaraván cantaba las once entre los geranios de oro, cantaba el turpial aturdido por la acetona fragante de los racimos de guineo colgados en el alar, se solazaba la luz del aciago martes de agosto entre las hojas nuevas de los platanales del patio y el cuerpo del venado joven que mi marido

Poncio Daza había cazado al amanecer y lo puso a desangrar colgado por las patas junto a los racimos de guineo atigrados por la miel interior, lo vi más grande y más sombrío que en un sueño con las botas sucias de barro y la chaqueta de caqui ensopada de sudor y sin armas en la correa pero amparado por la sombra del indio descalzo que permaneció inmóvil detrás de él con la mano apoyada en la cacha del machete, vi los ojos ineludibles, la mano de doncella dormida que arrancó un guineo del racimo más cercano y se lo comió de ansiedad y luego se comió otro y otro más, masticándolos de ansiedad con un ruido de pantano de toda la boca sin apartar la vista de la provocativa Francisca Linero que lo miraba sin saber qué hacer con su pudor de recién casada porque él había venido para darle gusto a su voluntad y no había otro poder mayor que el suyo para impedirlo, apenas si sentí la respiración de miedo de mi marido que se sentó a mi lado y ambos permanecimos inmóviles con las manos cogidas y los dos corazones de tarjeta postal asustados al unísono bajo la mirada tenaz del anciano insondable que seguía a dos pasos de la puerta comiéndose un guineo después del otro y tirando las cascarras en el patio por encima del hombro sin haber pestañeado ni una vez desde que empezó a mirarme, y sólo cuando acabó de comerse el racimo entero y quedó el vástago pelado junto al venado muerto le hizo una señal al indio descalzo y le ordenó a Poncio Daza que se fuera un momento con mi compadre el del machete que tiene que arreglar un negocio contigo, y aunque yo estaba agonizando de miedo conservaba bastante lucidez para darme cuenta de que mi único recurso de salvación era dejar que él hiciera conmigo todo lo que quiso sobre el mesón de comer, más aún, lo ayudé a encontrarme entre los encajes de los pollerines después de que me dejó sin resuello con su olor de amoníaco y me desgarró las bragas de un zarpazo y me buscaba con los dedos por donde no era mientras yo pensaba aturdida Santísimo Sacramento qué vergüenza, qué mala suerte, porque aquella mañana no había tenido tiempo de lavarme por estar pendiente del venado, así que él hizo por fin su voluntad al cabo de tantos meses de asedio, pero lo hizo de

prisa y mal, como si hubiera sido más viejo de lo que era, o mucho más joven, estaba tan aturdido que apenas si me enteré de cuándo cumplió con su deber como mejor pudo y se soltó a llorar con unas lágrimas de orín caliente de huérfano grande y solo, llorando con una aflicción tan honda que no sólo sentí lástima por él sino por todos los hombres del mundo y empecé a rascarle la cabeza con la yema de los dedos y a consolarlo con que no era para tanto general, la vida es larga, mientras el hombre del machete se llevó a Poncio Daza al interior de los platanales y lo hizo tasajo en rebanadas tan finas que fue imposible componer el cuerpo disperso por los marranos, pobre hombre, pero no había otro remedio, dijo él, porque iba a ser un enemigo mortal para toda la vida.

Fragmento 2 P. 47

*(...) no había acabado de contar los animales dormidos en los andamios cuando entró una mulata de servicio a recoger los huevos, sintió la resolana de su edad, el rumor de su corpiño, se le echó encima, tenga cuidado general, murmuró ella, temblando, se van a romper los huevos, que se rompan, qué carajo, dijo él, **la tumbó de un zarpazo sin desvestirla** ni desvestirse turbado por las ansias de fugarse de la gloria inasible de este martes nevado de mierdas verdes de animales dormidos, resbaló, se despeñó en el vértigo ilusorio de un precipicio surcado por franjas lívidas de evasión y efluvios de sudor y suspiros de mujer brava y engañosas amenazas de olvido, iba dejando en la caída la curva del retintineo anhelante de la estrella fugaz de la espuela de oro, el rastro de caliche de su resuello de marido urgente, su llantito de perro, su terror de existir a través del destello y el trueno silencioso de la deflagración instantánea de la centella de la muerte, pero en el fondo del precipicio estaban otra vez los rastros cagados, el sueño insomne de las gallinas, la aflicción de la mulata que se incorporó con el traje embarrado de la melaza amarilla de las yemas lamentándose de que ya ve lo que le dije general, se rompieron los huevos,*

y él rezongó tratando de domar la rabia de otro amor sin amor, apunta cuántos eran, le dijo, te los descuento de tu sueldo, se fue, eran las diez, examinó una por una las encías de las vacas en los establos, vio a una de sus mujeres descuartizada de dolor en el suelo de su barraca y vio a la comadrona que le sacó de las entrañas una criatura humeante con el cordón umbilical enrollado en el cuello, era un varón, qué nombre le ponemos mi general, el que les dé la gana, contestó.

Fragmento 3 P. 91

(...) no podía concebir el mundo sin el hombre que me había hecho feliz a los doce años como ningún otro lo volvió a conseguir desde las tardes de hacía tanto tiempo en que salíamos de la escuela a las cinco y él acechaba por las claraboyas del establo a las niñas de uniforme azul de cuello marinero y una sola trenza en la espalda pensando madre mía Bendición Alvarado cómo son de bellas las mujeres a mi edad, nos llamaba, veíamos sus ojos trémulos, la mano con el guante de dedos rotos que trataba de cautivarnos con el cascabel de caramelo del embajador Forbes, todas corrían asustadas, todas menos yo, me quedé sola en la calle de la escuela cuando supe que nadie me estaba viendo y traté de alcanzar el caramelo y entonces él me agarró por las muñecas con un tierno zarpazo de tigre y me levantó sin dolor en el aire y me pasó por la claraboya con tanto cuidado que no me descompuso ni un pliegue del vestido y me acostó en el heno perfumado de orines rancios tratando de decirme algo que no le salía de la boca árida porque estaba más asustado que yo, temblaba, se le veían en la casaca los golpes del corazón, estaba pálido, tenía los ojos llenos de lágrimas como no los tuvo por mí ningún otro hombre en toda mi vida de exilio, me tocaba en silencio, respirando sin prisa, me tentaba con una ternura de hombre que nunca volví a encontrar, me hacía brotar los capullos del pecho, me metía los dedos por el borde de las bragas, se olía los dedos, me los hacía oler, siente, me decía, es tu olor, no volvió a

necesitar los caramelos del embajador Baldrich para que yo me metiera por las claraboyas del establo a vivir las horas felices de mi pubertad con aquel hombre de corazón sano y triste que me esperaba sentado en el heno con una bolsa de cosas de comer, enjugaba con pan mis primeras salsas de adolescente, me metía las cosas por allá antes de comérselas, me las daba a comer, me metía los cabos de espárragos para comérselos marinados con la salmuera de mis humores íntimos, sabrosa, me decía, sabes a puerto, soñaba con comerse mis riñones hervidos en sus propios caldos amoniacales, con la sal de tus axilas, soñaba, con tu orín tibio, me destazaba de pies a cabeza, me sazonaba con sal de piedra, pimienta picante y hojas de laurel y me dejaba hervir a fuego lento en las malvas incandescentes de los atardeceres efímeros de nuestros amores sin porvenir, me comía de pies a cabeza con unas ansias y una generosidad de viejo que nunca más volví a encontrar en tantos hombres apresurados y mezquinos que trataron de amarme sin conseguirlo en el resto de mi vida sin él, me hablaba de él mismo en las digestiones lentas del amor mientras nos quitábamos de encima los hocicos de las vacas que trataban de lamernos, me decía que ni él mismo sabía quién era él, que estaba de mi general hasta los cojones, decía sin amargura, sin ningún motivo, como hablando solo, flotando en el zumbido continuo de un silencio interior que sólo era posible romper a gritos, nadie era más servicial ni más sabio que él, nadie era más hombre, se había convertido en la única razón de mi vida a los catorce años cuando dos militares del más alto rango aparecieron en casa de mis padres con una maleta atiborrada de doblones de oro puro y me metieron a medianoche en un buque extranjero con toda la familia y con la orden de no regresar al territorio nacional durante años y años hasta que estalló en el mundo la noticia de que él había muerto sin haber sabido que yo me pasé el resto de la vida muriéndome por él.

Fragmento 4. P 109

(...) sabía de sobra que lo que entonces le faltaba y le había faltado siempre en la cama no era honor sino amor, le faltaban mujeres menos áridas que las que me servía mi compadre el ministro canciller para que no perdiera la buena costumbre desde que clausuraron la escuela vecina, hembras de carne sin hueso para usted solo mi general, mandadas por avión con franquicia oficial de las vitrinas de Amsterdam, de los concursos del cine de Budapest, del mar de Italia mi general, mire qué maravilla, las más bellas del mundo entero que él encontraba sentadas con una decencia de maestras de canto en la penumbra de la oficina, se desnudaban como artistas, se acostaban en el diván de peluche con las tiras del traje de baño impresas en negativo de fotografía sobre el pellejo tibio de melaza de oro, olían a dentífricos de mentol, a flores de frasco, acostadas junto al enorme buey de cemento que no quiso quitarse la ropa militar mientras yo trataba de alentarle con mis recursos más caros hasta que él se cansó de padecer los apremios de aquella belleza alucinante de pescado muerto y le dije que ya estaba bien, hija, métete a monja, tan deprimido por su propia desidia que aquella noche al golpe de las ocho sorprendió a una de las mujeres encargadas de la ropa de los soldados y la derribó de un zarpazo sobre las bateas del lavadero a pesar de que ella trató de escapar con el recurso de susto de que hoy no puedo general, créamelo, estoy con el vampiro, pero él la volteó bocabajo en las tablas de lavar y la sembró al revés con un ímpetu bíblico que la pobre mujer sintió en el alma con el crujido de la muerte y resolló qué bárbaro general, usted ha debido estudiar para burro, y él se sintió más halagado con aquel gemido de dolor que con los ditirambos más frenéticos de sus aduladores de oficio y le asignó a la lavandera una pensión vitalicia para la educación de sus hijos.

Actantes:

Los actantes de *El otoño del Patriarca* generan interactuaciones capaces de introducir al lector objeto en el onírico país latino y en el momento del decrepito

tirano, conducido por uno y más narradores sujeto y sobre él, por el escritor/autor/creador sujeto de hacer, actantes que son en sus roles por obra y gracia de la existencia de la diégesis.

El actante principal, sujeto destinador y la mujer violada sujeto destinatario

El Tirano violador es el sujeto destinador (Wikipedia, Actante, 2014), sufre de la soledad del poder y del poder de sus excesos, pero el poder le sirve para seguir saciando sus apetitos siendo evidente el del sexo, que a causa de una posible saturación ya no le satisface de la manera natural, sino que tiene que rapar, abusar, violar. Debe hacerlo con violencia o con la práctica de la pedofilia, recurrente en ancianos de las novelas del nobel. Para el general es más apetecible violentar mediante un zarpazo a una humilde lavandera así esté con el vampiro, que el sexo refinado ofrecido por las prostitutas expertas y perfumadas que le traen de Europa.

La mujer violada es el sujeto destinatario, es/ existe/está viva por el efecto del sujeto manipulador.

La mujer no protesta por la violación, se deja hacer y hasta ayuda a que la viole el violador; solo objeta con una objeción tímida y por razones distintas a oponerse al acto de ser violada.

“Mi único recurso de salvación era dejar que él hiciera conmigo todo lo que quiso sobre el mesón de comer, más aún, lo ayudé a encontrarme entre los encajes de los pollerines después de que me dejó sin resuello con su olor de amoníaco” (Párrafo 1)

“Tenga cuidado general, murmuró ella, temblando, se van a romper los huevos, que se rompan, qué carajo, dijo él y la tumbó de un zarpazo sin desvestirla ni desvestirse” (Párrafo 2)

“Entonces él me agarró por las muñecas con un tierno zarpazo de tigre y me levantó sin dolor en el aire y me pasó por la claraboya con tanto cuidado que no me descompuso ni un pliegue del vestido y me acostó en el heno perfumado de orines rancios tratando de decirme algo que no le salía de la boca árida porque estaba más asustado que yo”. (Párrafo 3)

“Y la derribó de un zarpazo sobre las bateas del lavadero a pesar de que ella trató de escapar con el recurso de susto de que hoy no puedo general, créamelo, estoy con el vampiro, pero él la volteó bocabajo en las tablas de lavar y la sembró al revés con un ímpetu bíblico que la pobre mujer sintió en el alma con el crujido de la muerte. (Párrafo 4)

El poder del tirano se da por descontado, se reconoce y acata. Lo que planea, hecho está. No hay nada superior a su voluntad, así sea un viejo decrepito sudoroso y oliendo a orines, pero es mi general, el que manda y mata a quien se le dé la gana. Francisca Linero, piensa mientras le ayuda a que la viole, en la mala suerte de no haberse lavado esa mañana, a pesar de que su recién desposado Poncio Daza está siendo asesinado en ese momento para poder ser poseída por el general. Hasta esos extremos llega la intimidación y la manipulación usada por el escritor.

Otros actantes principales

Narrador. A veces en primera y otras en segunda persona. Relatos como si fueran realizados en una entrevista o en un despacho judicial

Rodrigo de Aguilar su mejor amigo y su peor rival, fue su ministro de defensa lo traicionó

Bendición Alvarado: Madre del Tirano a quien hicieron santa y patrona de la Nación

Actantes secundarios:

Patricio Aragonés. Traicionó al patriarca, pero por su parecido físico lo perdonó, lo hizo su amigo y lo contrató

Leticia Nazareno, Novicia a la que hizo su mujer cuando rompió relaciones con el Vaticano. Fue devorada por perros entrenados junto a su pequeño hijo, le enseñó a leer y a escribir al tirano.

Enmanuel, el único de sus muchos hijos a quien aceptó.

Vieja decrepita, que leía el futuro. La mató para que nadie se enterara cuál sería su destino.

Monseñor Demetrio Aldous. Vino desde el Vaticano a investigar los milagros y la santidad de Bendición Alvarado.

Manuela Sánchez, un amor que no logró conseguir.

Embajador Mac Queen. Lo convenció a que le vendiera el mar, este fue el fin del patriarca.

Saturno Santos, indígena que protege al general con su machete

Otros actantes

En los fragmentos encontramos las mujeres que viola luego de su zarpazo:

Francisca Linero, la abusa y le mata su marido recién casado para no dejar un enemigo mortal.

La mulata del servicio, que rompió unos huevos en el momento de poseerla y se los descontó del sueldo

La estudiante que luego exilaron al exterior

La mujer que lavaba la ropa de sus soldados, que lo hizo sentir tan bien, adulándolo al decirle que debía estudiar para burro, que le asignó una pensión vitalicia

Descripción de los actantes

El nobel describe física y moralmente a su protagonista y sus inter actantes, en el sudor, en el miedo, en el olor.

El verbo irregular

Los cuatro fragmentos inician con un verbo irregular pretérito imperfecto: había, sabía, podía.

- 1) había entrado sin siquiera tocar las aldabas;
- 2) no había acabado de contar los animales dormidos en los andamios cuando entró una mulata;
- 3) no podía concebir el mundo sin el hombre que me había hecho feliz,
- 4) sabía de sobra que lo que entonces le faltaba.

Los adjetivos y el punto y aparte

El autor utiliza profusión de adjetivos para colocar al lector lo más cercano posible a las escenas: geranios de oro, acetona fragante, turpial aturdido, venado joven, botas sucias, etc., las comas y los puntos seguidos son escasos, los punto y aparte son solo cinco y dividen la obra en los únicos seis capítulos que tiene.

La temporalidad

Temporaliza los hechos para este fin de semana, no los distancia con un artículo indeterminado, sino que los acerca y los define. No utiliza *aquel fin de semana*, ni *en un fin de semana*, sino *durante el fin de semana*. Así determina el tiempo de la novela

Los signos y su connotación

En los cuatro fragmentos escogidos observamos entre otros los siguientes signos

Entró sin tocar las aldabas. Connotación de autoridad

La mirada tenaz del anciano insondable que seguía a dos pasos de la puerta comiéndose un guineo después del otro y tirando las cascarras en el patio por encima del hombro sin haber pestañeado ni una vez desde que empezó a mirarme. Connotación de autoridad

Pero lo hizo de prisa y mal, como si hubiera sido más viejo de lo que era, o mucho más joven, estaba tan aturdido que apenas si me enteré de cuándo cumplió con su deber como mejor pudo y se soltó a llorar con unas lágrimas de orín caliente de huérfano grande y solo, llorando con una aflicción tan honda que no sólo sentí lástima por él sino por todos los hombres del mundo. Connotación de inseguridad y sufrimiento del tirano. (Frag 1)

Tenga cuidado general, murmuró ella, temblando, se van a romper los huevos, que se rompan, qué carajo, (...) que ya ve lo que le dije general, se rompieron los huevos, y él rezongó tratando de domar la rabia de otro amor sin amor, apunta cuántos eran, le dijo, te los descuento de tu sueldo. Connotación de poder.

Qué nombre le ponemos mi general, el que les dé la gana, contestó. Connotación de poder y desprecio (Fraf. 2)

El hombre que me había hecho feliz a los doce años como ningún otro lo volvió a conseguir desde las tardes de hacía tanto tiempo en que salíamos de la escuela a las cinco y él acechaba por las claraboyas del establo a las niñas de uniforme azul de cuello marinero y una sola trenza en la espalda. Connotación de poder. (Fraf. 3)

No me descompuso ni un pliegue del vestido y me acostó en el heno perfumado de orines rancios tratando de decirme algo que no le salía de la boca árida porque estaba más asustado que yo, temblaba, se le veían en la casaca los golpes del corazón, estaba pálido, tenía los ojos llenos de lágrimas como no los tuvo por mí ningún otro hombre en toda mi vida de exilio. Connotación de poder. (Frag. 3)

Sabía de sobra que lo que entonces le faltaba y le había faltado siempre en la cama no era honor sino amor, le faltaban mujeres menos áridas que las que me servía mi compadre el ministro canciller. Connotación de poder. Frag. 4

Qué bárbaro general, usted ha debido estudiar para burro, y él se sintió más halagado con aquel gemido de dolor que con los ditirambos más frenéticos de sus aduladores de oficio y le asignó a la lavandera una pensión vitalicia para la educación de sus hijos. Connotación de poder. (Frag. 4)

Conclusiones

El general, dueño del poder no pide permiso, da zarpazos para tomar lo que se le antoje y lo que más se le antojan son mujeres, a veces fortuitas, a veces asediadas por meses, como el caso de Francisca Linero. La manipulación discursiva se encuentra en el juego lingüístico que convence al lector del terrible poder de dictador. “Él había venido para darle gusto a su voluntad y no había otro poder mayor que el suyo para impedirlo”

¿Qué significa esta obra en la historia de la literatura?

El Otoño del Patriarca es obra de un nobel, por lo tanto su significación en la historia del signo literario es significativa, se le considera una de las novelas más meditadas de García Márquez en una prosa que es auténtico poema del realismo mágico realizado por varios narradores de los cuales solo se conoce su voz.

Webgrafía

<http://www.kafka.org/index.php?aid=198>

http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/K/Kafka,%20Franz%20-%20El%20Proceso.pdf

http://es.wikipedia.org/wiki/Franz_Kafka

http://es.wikipedia.org/wiki/Gabriel_Garc%C3%ADa_M%C3%A1rquez